

arrojaron al agua, donde hallaron Tropas de Indios nadadores, que los herian, ò a negavan. Quedò solo Hernan Cortès con algunos de los suyos, à sustentar el Combate. Mataron à flechazos el Cavallo en que peleava; y apeandose à socorrerle con el fuyo el Capitan Francisco de Guzmàn, le hizieron prisionero; sin que fuese posible conseguir su libertad. Retiròse finalmente à los Bergantines, y bolviò à su Quartel herido, y poco menos que derrotado; sin hallar recompensa en el destrozo que recibieron los Mexicanos. Passaron de quarenta los Españoles que llevaron viuos para sacrificarlos à sus Idolos. Perdiòse vna Pieza de Artilleria: murieron mas de mil Tlascaltècas: y apenas hubo Español, que no saliesse maltratado. Perdida verdaderamente grande: cuyas consecuencias meditava, y conocia Hernan Cortès: negando al semblante, lo que sentia el corazon, por no descubrir entonces la malicia del suceso. Dura, pero inescusable penfion de los que gobiernan Exercitos! obligados siempre à traher en las adversidades el dolor en el fondo, y el desahogo en la superficie del animo.

Hazen prisionero à Francisco de Guzmàn.

Quarenta Españoles prisioneros.

Trabajo de Cortès en disimular su perdida.

CAPITULO XXIII.

CELEBRAN LOS Mexicanos su victoria con el sacrificio de los Españoles. Atemoriza Guatimozin à los Confederados, y consigue que desamparen muchos à Cortès; pero buelven al Exercito en mayor numero, y se resuelve tomar Puestos dentro de la Ciudad.

Hizieron sus entradas al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado: hallando en ellas igual oposicion, y con poca diferencia en los progressos de ambos ataques: ganar las Puentes, cegar los Fossos, penetrar las Calles, destruir los Edificios, y sufrir en la retirada los vltimos esfuerzos del Enemigo. Pero faltò el contratiempo del Fosso grande, y fue la perdida menor, aunque llegarían à veinte los Españoles, que faltaron de ambas entradas: sobre los quales hazen la cuenta los que dizen que perdió Hernan Cortès mas de sesenta, en la de Cuyoacàn.

El Tesorero Iulian de Alderete, à vista de los daños, que auia ocasionado su inobediencia, conociò su culpa,

Entradas de Sandoval, y Alvarado.

Perdieron veinte Españoles.

Alderete conoce su hie- rro.

pa, y vino desalentado, y pe- laroso à la presencia de Cortès: ofreciendo su cabeza en satisfacion de su delito; y el le reprehediò con severidad, dexandole sin otro castigo, porque no se hallava en tiempo de contristar la Gente, con la demonstracion que merecia. Fue preciso alzar por entonces la mano, de la Guerra ofensiva; y se tratò solo de ceñir el Asedio, y estrechar el passo à las Vituallas, entre tanto que se atendia con particular cuydado à la cura de los heridos, que fueron muchos; y mas faciles de numerar los que no lo estaban.

Pero se descubriò entonces la gracia de vn Soldado particular, llamado Iuan Catalàn, que sin otra medicina, que vn poco de Azeyte, y algunas Bendiciones, curava en tan breve tiempo las heridas, que no parecia obra natural. Llama el Vulgo à este genero de Cirugia, curar por Enfalmo, sin otro fundamento, que auer oydo entre las Bendiciones algunos versos de los Psalmos. Habilidad, ò Profesion no todas vezes segura en lo Moral: y algunas, permitida con riguroso examen. Pero en este caso no sería temeridad, que se tuviesse por obra del

Cielo semejante maravilla: siendo la gracia de sanidad vno de los Dones gratuitos, que fuele Dios comunicar à los hõbres; y no parece creíble, que se diese concurso de el Demonio, en los medios con que se conseguia la salud de los Españoles, al mismo tiempo, que procurava destruirlos con la sugestion de sus Oraculos. Antonio de Herrera dize, que fue vna Muger Española (que se llamava Isabel Rodriguez) la que obrò estas curas admirables; pero seguimos à Bernal Diaz del Castillo, que se hallò mas cerca; y aunque tenemos por infelicidad de la Pluma, el tropezar con estas discordancias de los Autores; no todas se deben apurar: porque siendo cierta la obra, importa poco, à la verdad, la diferencia del instrumento.

Bolvamos empero à los Mexicanos, que aplaudieron su victoria con grandes regocijos. Vieronse aquella noche, desde los Quarteles, coronados los Adoratorios de hogueras, y perfumes: y en el Mayor (dedicado al Dios de la Guerra) se percebian sus Instrumentos Militares, en diferentes Coros de menos importuna disonancia. Solemnizavan, con este aparato,

Sin concurso del Demonio.

Aplauden su victoria los Mexicanos.

Sacrificio de los Españoles.

Suspende Cortès la Guerra ofensiva.

Iuan Catalàn curò los heridos.

Curas por Enfalmo.

to, el miserable Sacrificio de los Españoles; que prendieron vivos; cuyos corazones palpitantes (llamado al Dios de la verdad mientras les durava el Espiritu) dieron el ultimo calor de la sangre, à la infeliz asperion de aquel horrible simulacro. Presumióse la causa de semejante celebridad, y las Hogueras davan tanta luz, que se distinguia el bullicio de la Gente; pero se alargavan algunos de los Soldados à dezir, que percebian las voces, y conocian los Sugetos. Lastimoso espectáculo! y à la verdad no tanto de los ojos, como de la consideracion; pero en ella tan funesto, y tan sensible, que ni Hernan Cortès pudo reprimir sus lagrimas; ni dexar de acompañarle, cõ la misma demonstracion, todos los que le asistian.

Inquietan los Enemigos los Cuarteles.

Quedaron los Enemigos nuevamente orgullosos de este suceso; y con tanta satisfacion de auer aplacado al Idolo de la Guerra, con el sacrificio de los Españoles, q̄ aquella misma noche, pocas horas antes de amanecer, se acercaron por las tres Calzadas à inquietar los Cuarteles; con animo de poner fuego à los Bergantines, y proseguir la rota de aquella Gente, que (no sin parti-

cular advertencia) consideravan herida, y fatigada: pero no supieron recatar su movimiento; porque avisò del, aquella Trompeta infernal, que los irritava, tratando à manera de culto la desesperacion: y se previno la defensa con tanta oportunidad, que bolvieron rechazados, con la diligencia sola de asestar à las Calzadas la Artilleria de los Bergantines, y de los mismos Aloxamientos: que disparando al bulto de la Gente, dexò bastantemente castigado su atrevimiento.

Bu lve re-chozaco.

El dia siguiente diò Guatimozin (por su propio discurso) en diferètes arbitrios, de aquellos que suelen agradecerse à la pericia militar. Echò voz de que auia muerto Hernan Cortès en el passo de la Calzada, para entretener al Pueblo, con esperanzas de breve desahogo. Hizo llevar las Cabezas de los Españoles sacrificados à las Poblaciones comarcanas, para que, acabandose de creer su vitoria, tratassen de reducirse los que andavan fuera de su obediencia: y ultimamente divulgò, que aquella Deidad, suprema entre sus Idolos (cuyo instituto era presidir à los Exercitos) mitigada yà cõ la san-

Finge que se acabará la Guerra en ocho dias.

gre de los Corazones Enemigos, le avia dicho en voz in-telegible, que de tro de ocho dias se acabaria la guerra: muriendo en ella quantos despreciassen este aviso. Fingióse así: porque se persuadió, à que tardaria poco en acabar con los Españoles; y tuvo inteligencia, para introducir en los Cuarteles Enemigos, personas desconocidas, que derramasen estas amenazas de su Dios, entre las Naciones de Indios, que militavan contra el. Notable ardid, para melancolizar aquella Gente, desanimada ya cõ la muerte de los Españoles, con el estrago de los suyos, cõ la multitud de los heridos, y con la tristeza de los Cabos. Tenian tan asentado el credito las respuestas de aquel Idolo, y era tan conocido por sus Oraculos en las Regiones mas distantes, que se persuadieron facilmente à que no podian saltar sus amenazas; haziendo tanta bateria en su imaginacion el plazo de los ocho dias, señalado por termino fatal de su vida, que se determinarõ à desamparar el Exercito: y en los dos, ò tres primeras noches, saltò de los Cuarteles la mayor parte de los Confederados: siendo tan poderosa en aquellas Naciones esta def-

Procura desanimar à los Confederados de Cortès.

Arbitrios notables de Guatimozin.

Parte de los Indios Amigos de Ampara el Exercito.

preciable aprehension, que hasta los mismos Tlascalcas, y Tezcucanos se deshicieron con igual desorden: ò porque temieron el Oraculo como los demás, ò porque se los llevò tras si el exemplo de los que le temian. Quedaron solamente los Capitanes, y la Gente de quenta; puede ser que con el mismo temor; pero si le tuvieron, fue menos poderosa en ellos la defensa de la vida, que la ofensa de la reputacion.

Industria de Cortès para recogerlos.

Entrò Hernan Cortès en nueva congoja con este inesperado accidente: que le obligava, poco menos que à desconfiar de su Empresa: pero luego que llegó à su noticia el origen de aquella novedad, embió en seguimiento de las Tropas fugitivas à sus mismos Cabos, para que las detuviessen, contempORIZANDO con el miedo que llevavan, hasta que passados los ocho dias, señalados por el Oraculo, llegassen à conocer la incertidumbre de aquellos baticinios, y fuesen mas faciles de reducir al Exercito. Diligencia de notable acierto en el discurso de Hernan Cortès; porque passados los ocho dias, llegó à tiempo la persuasion, y bolvieron à sus Cuarteles, con aquel genero de nueva ofidia, que fue-

Industria de Cortès para recogerlos.

Industria de Cortès para recogerlos.

fuele formarfe del temor defengañado.

Buelvo re- forzados los de Tezcúco.

Y los Tlascaltécas con nuevo socorro de Gente

Don Hernando, el Principe de Tezcúco, embió à su Hermano por los de aquella Nacion: y bolvió con ellos, y con nuevas Tropas, que hallò formadas, para socorrer el Exercito. Los Tlascaltécas desertores (que fueron de la Gente mas ordinaria) no se atrevieron à proseguir su viaje: temiendo el castigo à que iban expuestos; y estuvieron à la mira del suceso; creyendo, que podría vnirse con los fugitivos de la Rota imaginada; pero al mismo tiempo q se defengañaron de su vana credulidad, tuvieron la dicha de incorporarse con vn Socorro, que venia de Tlascala: y fueron mejor recibidos en el Exercito.

Toma servicio la Nacion de los Otomies.

Este aumento de Fuerzas con que se hallava Cortés, y del ruido, que hazia en la Comarca el aprieto de la Ciudad, resultò el declararse por los Españoles algunos Pueblos, que se conservavan neutrales; ò enemigos: entre los quales vino à rendirse, y à tomar servicio en el Exercito la Nacion de los Otomies, Gente (como diximos) indomita, y feroz, que à guisa de Fieras se conservava en aquellos Montes, que daban sus vertientes à la Laguna: rebeldes

hasta entòces al Imperio Mexicano; sin otra defensa, que vivir en Parage poco apetecido por estéril, y despreciado por inhabitable: con que llegó segunda vez el caso de hallarse Cortés con mas de doscientos mil Aliados à su disposicion: passando, en breves dias, de la tempestad à la bonanza; y atribuyendo, como solia, este poco menos, que subito remedio al brazo de Dios, cuya inefable Providencia fuele muchas vezes permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios.

Halla se Cortés con doscientos mil Aliados.

Hambre, y sed en la Ciudad.

No estuvieron ociosos los Mexicanos, el tiempo que durò esta suspension de Armas, à que se hallaron reducidos los Españoles. Hazian frecuentes salidas; dexándose ver de dia, y de noche sobre los Cuarteles; pero siempre bolvió rechazados: perdiendo mucha gente, sin ofender, ni escarmentar. Supose de los vltimos Prisioneros, que se hallava en grande aprieto la Ciudad: porque la hambre, y la sed tenian congojada la Plebe, y mal satisfecha la Milicia. Enfermava, y moria mucha gente de beber las aguas salitrosas de los Pozos. Los pocos bastimentos, que podía escapar de los Bergantines, ò entravan por los Mon-

Montes, se repartian por tafsa entre los Magnates: dando nueva razon à la impaciencia del Pueblo, cuyos clamores tocavan ya en riesgos de la fidelidad. Llamò Hernan Cortés à sus Capitanes, para discutir con esta noticia lo que se debia obrar, segun el estado presente de la Ciudad, y del Exercito.

Llama Cortés à sus Capitanes.

Hizo su proposicion, con poca esperanza de que se rindiesen los Sitiados à instancia de la necesidad, por el odio implacable, que tenían à los Españoles: y por aquellas respuestas de sus Idolos, con que le fomentava el Demonio: y se inclinò à que feria conveniènte bolver luego à las Armas, por esta probable congetura, y porque no se deshiziesen otra vez aquellos Aliados: gente de faciles movimientos; y que asi como era de servicio en los Combates, peligrava en el ocio de los Alojamientos: porque siempre deseavan la ocasiò de llegar à las manos; y no se hazian capaces de que fuese guerra el Asedio, que se practicava entonces; ni ofensas del Enemigo aquellas suspensiones de la colera Militar.

Resuelve se la continuación de la Guerra.

Vinieron todos, en que se còtinuasse la Guerra, sin desamparar el Asedio: y Her-

nan Cortés, que acabò de conocer en el suceso antecedente, lo que padecia en aquellas retiradas, expuestas siempre à los vltimos esfuerzos de los Mexicanos, resolviò, que reforzàdo la guarnicion de los Cuarteles, y de la Plaza de Armas, se acometiesse de vna vez por las tres Calzadas, para tomar Puestos dentro de la Ciudad: los quales se avian de mantener à todo riesgo; procurando abanzar cada Trozo, por su parte, hasta llegar à la gran Plaza de los Mercados, que llamavan el Tlateluco: donde se vnirian las fuerzas, para obrar lo que dictasse la ocasion. Estuviera mas adelantada la Empresa, ò conseguida enteramente, si se huviera tomado en el principio esta resolucion; pero es tan limitada la humana providencia, que no haze poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos: y muchas vezes necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

Y que se tomen Puestos dentro de la Ciudad.

Abanzando los Trozos hasta el Tlateluco.

Enseñan los malos sucesos el Arte de la Guerra.

